

Historias del arcoíris: alianza o condena Trece relatos que conforman una crónica americana

/ Cristina Gutiérrez Valencia /

Si se juntasen las horas de «real» me traje de todas las películas sobre la segunda guerra mundial, hace tiempo que estas superarían el tiempo «real» que duró la contienda. Sería, salvando las distancias —o más bien, cambiando de dimensión—, como aquel mapa borgiano a escala 1:1, la superación de la copia o el simulacro sobre el original, al menos cuantitativamente. William T. Vollmann, que también ha escrito sobre la segunda guerra mundial en la monumental *Europa Central*, es un escritor cuya obra, de miles de páginas, superaría de la misma manera su tiempo vivido. Podríamos pensar que la imaginación va más rápido que cualquier reloj de arena, pero en su caso esta prolificidad toma principalmente como materia prima su peculiar experiencia vital y una erudición digna de enciclopedista. Si sumamos, además, el tiempo de escritura, la ecuación de

lo vivido y lo escrito es una bomba de relojería que desmantela todos los parámetros temporales de representación. La de escritor deviene, en el caso de Vollmann, profesión de riesgo, no por la anécdota de que su grafomanía le haya causado el síndrome del túnel carpiano, sino por sus continuos viajes al límite y su tarea de documentador, reportero, notario de la realidad más sufriente: Afganistán, Tailandia, Camboya, Bosnia, Irak, Fukushima o el polo Norte, y por supuesto los lugares más marginales y olvidados de Estados Unidos, por lo que se le ha puesto en relación con Hunter S. Thompson o William Burroughs.

¿Qué le lleva a Vollmann a los puntos calientes de la tierra?, ¿*digging for fire*, como decían los Pixies? En el relato «El espíritu del magnetismo», de *Trece relatos y trece epitafios*, el protagonista, que dice «**Me siento terriblemente hartado, triste y deprimido;**

soy un proscrito... o lo sería si no fuera el Espíritu de la Insignificancia», deja San Francisco y viaja al norte, sur, este y oeste del mundo, sin rumbo, intentando encontrar algo: «**Tenía que irme, y no importaba el rumbo; viajaría como una de esas diminutas olas, frías, limpias y grises, que constantemente se deslizaban por la arena de Ocean Beach**». Vollmann huye en su extravagancia personal (el FBI llegó a creer que era Unabomber) y su singularidad narrativa de toda etiqueta (maximalismo, *transgressive fiction*... él se declara más bien reaccionario, y cuando sale a relucir Pynchon, él acude por igual a Steinbeck o a Galdós) y de toda filiación con la generación de escritores que le correspondería: nació el mismo año que Franzen, y fue incluido en la famosa lista *20 Under 40* de *The New Yorker* de 1999, junto con una nómina de escritores que ha despuntado desde entonces. Hay quien lo

señala para el Nobel. En España, desde la publicación de *Europa Central* en 2005 y gracias, entre otras cosas, al rescate que Pálido Fuego ha hecho de estas *Historias del arcoíris*, de 1989, el debate sobre la oposición Wallace/Franzen se está sustituyendo por la dicotomía Wallace/Vollmann (este rechazó el puesto que el Pomona College le ofreció al morir Wallace).

De primera mano

No obstante, la razón primordial de su aparente huida constante puede ser más bien su necesidad de ver y experimentar en primera persona aquello que quiere contar: «**Si quiero escribir sobre una cosa precisa, como la guerra, es importante para mí estar en ella, porque, si no, no podría hacer un buen trabajo**», ha dicho en alguna ocasión. Esta suerte de método Stanislavski aplicada al escritor —aunque ya decía Horacio que «si quieres que

LA MIRADA SINCERA

El viaje como incentivo de la literatura

/ Andrés Catalán /

Hay un relato de Lydia Davis en el que esta desarrolla una frase de Michael Butor —«viajar es escribir, porque viajar es leer»— hasta extenderla a un «leer es traducir, y traducir es escribir, escribir viajar, leer viajar, escribir leer, leer escribir y viajar traducir». De viajes, escritura y traducción sabe no poco Eduardo Moga (Barcelona, 1962), autor del estupendo y reciente poemario *Insumisión* (Vaso Roto, 2013) y traductor de Billy Collins, Tess Gallagher o Rimbaud, entre muchos otros. Y viajes y escritura son, precisamente, los protagonistas de este libro, *La pasión de escribir*, pues son tres encuentros literarios los que motivan los tres viajes que en él se narran: a Venezuela, a República Dominicana y a México; destinos normalmente accesibles a través de viajes organizados que generalmente se limitan a un aséptico desfile apresurado por los lugares merecedores de ser immortalizados en fotografías. «La poesía sirve para poco, pero sí para hacer turismo» ha dicho el autor a propósito de este volumen, añadiendo un aforismo más a la serie de aforismos sobre la inutilidad de la poesía (mi favorito sigue siendo «la poesía no da de

comer, pero sí de merendar», que algunos adjudican a Borges). Sin embargo, si algo hay ausente en estos viajes es precisamente lo turístico, lo limitado a las postales y a los lugares recomendados por la *Lonely Planet*. El lector que se acerque a estas páginas se encontrará con un viajero de curiosidad incansable, de mirada inquieta y omnívora (y omnívora). Nada se escapa al escrutinio de Moga, a veces satírico, a veces amargo, a veces directamente *malaleche*, siempre divertido.

Puesto que como se insiste varias veces en el prólogo no es este un libro de ficción —y podría haberlo sido: una suerte de autoficción de viajes— lo importante no es tanto lo enredado de las peripecias o la construcción de una trama. Ya que la historia se cuenta tal y como ha sucedido y no hay modificación que la haga más atractiva, toda seducción ha de venir del estilo y de lo preciso de esa despierta mirada a la que me refería. Decía Woody Allen que cualquier estilo es bueno, menos el aburrido. Ciertamente no es esta una narración aburrida, pero no se trata solamente de que el relato de los pormenores de estos tres viajes esté repleto de anécdotas contadas



Eduardo Moga
La pasión de escribir (Relato de tres viajes a Hispanoamérica)

La Isla de Siltola, 2013
312 pp., 16 €

con frescura, ironía y autoparodia (el mejor humorista es aquel que sabe reírse de sí mismo), sino que tampoco se renuncia, digámoslo llanamente, a contarlas bien. Es en ese equilibrio entre la falta de pretensión literaria y la conciencia del escritor que no renuncia a usar este o aquel adjetivo, a dejarse llevar por un pensamiento complejo, a demorarse al plasmar una sensación poética, donde reside el

valor del estilo de Eduardo Moga. Lo primero viene ocasionado porque, en palabras del propio autor, estos relatos no fueron concebidos como libro, pero también porque hay claramente una intención de teñirse de oralidad, de resultar cercano, fluido, natural. Y nada se adorna con afeites innecesarios, eso es cierto, pero Eduardo Moga no deja de ser un poeta y no un mero relator, y de ahí que en ocasiones se deje llevar por el ritmo, por el gusto casi táctil por la palabra justa.

Ávidas pretensiones

En cuanto a lo que en el libro se narra, cada viaje tiene, tal y como se dijo, el trasfondo de su respectivo encuentro literario, esos presumiblemente cultísimos e interesantísimos actos que acaban siendo siempre un tostón insufrible donde la literatura brilla por su ausencia y cuyos participantes tratan de sobrellevar refugiándose en el bar más cercano a beber, hablar mal de otros escritores y a conversar, a veces, de literatura. Así sucede y así nos lo cuenta Moga (hay escenas de bar y personajes fantásticos entre las butacas de sus congresos), pero alrededor de los días en que transcurren las lecturas y las conferencias se acumulan una serie de anécdotas, pequeñas escapadas, erráticos paseos a solas o acompañado, risibles desencuentros, mayúsculos despropósitos

yo llore, antes tienes que dolerte tú mismo»— es el punto de partida para un tipo de escritura en la que nunca llegamos a tener claro quién habla, por sus constantes cambios de escena y de voz —la abundancia no está reñida con el fragmentarismo— y por la especial relación que establece Vollmann entre realidad y ficción. El autor-reportero parece estar siempre presente en el relato, a veces representado, como «Bill» o «señor Vollmann», o acudiendo a la autorreferencialidad («**iQué pálida es la página en la que estoy escribiendo esto!**», o bien «**Si esto hubiera sido un relato chejoviano o un cuento de Maupassant, la cartera azul habría terminado por aparecer**»); pero incluso cuando el relato se ambienta en Babilonia y tiene tintes bíblicos y fantásticos, como en «Naranja llameante», el autor-narrador asoma por cualquier resquicio: «**Se sentía tan cómodo como me siento yo algunas tardes frías en San Francisco cuando me tiendo al lado del fuego**». Vollmann introduce en algunos de sus relatos notas a pie de página, inscribiéndose en la serie de autores contemporáneos que se han atrevido a incluirlas como mecanismos de la ficción, bien estructuradores, bien cuestionadores —Nicholson Baker, Wallace, Danielewski (estos dos últimos también publicados por Pálido Fuego; quizá esto y el hecho de que la nabokoviana obra que le

da nombre también las usara para su construcción nos va mostrando su línea editorial)—. Aquí, sobre todo en «Damas y luces rojas», uno de sus relatos sobre prostitutas, con quienes tiene una peculiar relación, las notas funcionan como mecanismo subrayador de la veracidad de lo narrado y como incursión marcada del yo como cuerpo material: «Esta información me costó cuatro dólares», por ejemplo; es el espacio metaficcional del argumento de autoridad, que no hace finalmente sino provocar una tensión en el pacto narrativo. La relación conflictiva entre

Caleidoscopio

Historias del arcoíris contiene trece historias que, en su variedad, nos van descubriendo los diferentes valores cromáticos en un recorrido temático y vocal espectacular: desde la aspereza y la ternura del Tenderloin en San Francisco, los *skinheads* y las prostitutas, a los *thugs* en la India del siglo XIX; del desconcertante relato de Nabucodonosor, al bellissimo lenguaje alucinado del consumidor de hongos en la intimidad con su novia coreana; de la incómoda historia de amor entre un hombre y el vestido

Historias del arcoíris contiene trece historias que, en su variedad, nos van descubriendo los diferentes valores cromáticos en un recorrido temático y vocal espectacular

realidad y ficción está continuamente puesta en entredicho por la propia enfatización del referente real, que nos lleva a una eterna suspicacia: la presencia del autor en moralejas implícitas o explícitas, las notas del autor o la reutilización de personajes en diferentes relatos se redefinen cuando en la lectura la marca de autoría va perdiendo su autoridad en cuanto a lo real, con afirmaciones reubicadoras: «**Como yo, William T. Vollmann, soy el Espíritu Santo, tengo la capacidad de comprender todas las lenguas**», etcétera.

verde de su vecina, al idilio triangular entre una estudiante heideggeriana, el Espíritu Santo y el Demonio; de la brillante reelaboración del motivo del doble en la historia del Zombi y el Otro, a los ingenieros índigo y los poco verosímiles pero reales Survival Research Laboratories; del hospital con líneas de colores como guía del destino final de los pacientes, a las descripciones de rayos X y los historiales clínicos adjuntos en los que se basan las historias con las que se cierra finalmente el círculo cromático. Todos

tienen cabida en la heterogénea arca narrativa de Vollmann, y estas historias del arcoíris buscan, claro, la alianza entre autor y lector, pero siempre por el camino más difícil, después de un diluvio de laberintos formales, lenguajes extremos, saltos temáticos y pulsos de paciencia lectora veteados de fragmentos desconcertantes, enigmáticos, luminosos.

La alianza de Vollmann con su aún minoritario grupo de lectores puede ser una relación de amor tortuosa, ambas partes condenadas a aceptar la impureza de los colores, la suciedad del símbolo, la doble faz violenta de lo especular. Decía Poe al comienzo de «Berenice» que «**la desgracia cunde multiforme sobre la tierra. Desplegada sobre el ancho horizonte como el arcoíris, sus colores son tan variados como los de este y también tan distintos y tan íntimamente unidos**». Si lo escogemos como filtro desde el que mirar estos textos de Vollmann, podremos descubrir un nuevo naturalismo, pero sostenido en el soporte multiplicador de un gran caleidoscopio. ■

William T. Vollmann
Historias del arcoíris
Traducción de José Luis Amores
Pálido Fuego, 2013
572pp., 23,90 €

y momentos memorables. Ninguno se lo guarda el autor para sí, fiel al objetivo de mantenerse sincero; tampoco las ocasiones en que es él quien queda en ridículo. Y es de esa sinceridad de donde el personaje que es el narrador saca su fuerza: puede hacérsenos antipático con una crítica hiriente que nos parezca excesiva, puede escandalizarnos al describir con no pocos detalles un episodio escatológico, puede tal vez extrañarnos su insistencia en fijarse en los escotes multiformes de las mujeres de cada país. Pero es ahí donde creo que está el acierto de la puesta por escrito de su mirada. El autor no silencia su opinión, no enmascara una apreciación sobre una realidad que le molesta, no omite el vistazo de reojo o directo a un cuerpo femenino o a una sinrazón —y las hay, muchas, religiosas en su mayor parte, en esos países— por miedo a resultar ofensivo o políticamente incorrecto. Es gracias a esa sinceridad, a esa bien contada sinceridad, que el lector sale del libro con la grata impresión de haber compartido realmente una experiencia viajera, de haberse transportado durante un tiempo a esa realidad tan disímil y a la vez tan extrañamente cercana que es cualquier país hispanoamericano. ■



Alfonso Albacete › Anunciación, acrílico y tinta / papel, 100 × 120 cm ▶ Escenarios › Gema Llamazares › Hasta 28 de junio